





MAORI PÉREZ nació en 1986, en Santiago de Chile. Estudió Pedagogía en Inglés y Pedagogía en Castellano en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación. Ha trabajado como profesor, traductor, programador, ayudante de gásfiter y de fletes, vendedor de chocolates, músico de micro y de bares. Ha participado en talleres, ha obtenido premios literarios y cuentos suyos han sido antologados. Es el compositor, instrumentista y cantante de Los Pianopunks, con quienes ha grabado diecisiete álbumes. Es guionista de los cómics *Pilotos* (1997), *Cuatro cuadros* (2005) y *Schala* (2010), y del videojuego para Wii *La vida otra vez* (en preparación).

Ha publicado los libros *Cerdo en una jaula con antibióticos* (cuentos, 2003), *Mutación y registro* (cuentos, 2007), *Diagonales* (novela, 2009), *Lanzamiento* (poemas, 2010), *Cronoguerillas* (poemas, 2010), *Lados C* (cuentos, 2011).



OCEANA

NARRATIVAS CONTEMPORÁNEAS, 9

MAORI PÉREZ

OCEANA



SANGRÍA

© Maori Robin Eloy Pérez Morales
N° 220.654
del Registro de Propiedad Intelectual de Chile
International Standard Book Number: 978-956-8681-27-2

© Derechos reservados para esta edición:
2012, SANGRÍA EDITORA
Las Torcasas 103, departamento 604, Las Condes, Santiago de Chile
www.sangriaeditora.com
sangriaeditora@gmail.com

Aunque adopta la mayoría de los usos editoriales del ámbito hispanoamericano, SANGRÍA EDITORA no necesariamente se rige por las convenciones de las instituciones normativas, pues considera que –con su debida coherencia y fundamentos– la edición es una labor de creación cuyos criterios deben intentar comprender la vida y pluralidad de la lengua.

Edición al cuidado de Mónica Ríos, de Carlos Labbé, de Pilar García y de Martín Centeno
Diagramó el libro Carlos Labbé
El diseño de colección y de la portada fue realizado por Joaquín Cociña

Esta primera edición digital se terminó de imprimir en noviembre de 2012 en Imprenta Dimacofi S. A.
Impreso en Chile

Permitimos la reproducción parcial de este libro sin fines de lucro, para uso privado o colectivo, en cualquier medio impreso o electrónico. Si necesitas una reproducción íntegra por favor comunícate con los editores.

ÍNDICE

I. Desbordamos lagos vacíos.....	15
II. Barridas y explosiones.....	39
III. Una canción para playas encendidas por las estrellas.....	121
IV. Ahora chucha disculpen.....	169



Para cuando todo se haya resuelto.

Masato Kato



A mi madre: un cómic.

A Jorge Contreras, Andrés González, Luz Graciela Escalona, Jorge Morales y Eduardo Jiménez Labra.



I

DESBORDAMOS LAGOS VACÍOS



1

«Hoy, al fin, hemos tenido aviso del otro lado. Las noticias hablan de una violenta criatura en estampida por la Región Metropolitana de Chile. No se podría hacer un catastro de los destrozos. El ejemplar no formaría parte de ninguna clasificación o bestiario. Mi nombre es Antonio Hernández Vid. Mi madre, cuyo padre se llamara Diego Vid, ha transmitido la leyenda que de mí ha pasado a mis hermanos –los guardianes de este lado del universo, el Mundo de Sueño que conforma la segunda mitad de Neo Chile–: a partir del año 2003, un segundo ciclo de contusiones en la malla que es base de la realidad desataría la creación de dos realidades tipo comunicadas por túneles interiores y adyacentes, lo cual dotaría a cada una de su idéntica –aquella donde todo nace y muere con violencia, brillantez, normalidad, y aquella donde todo pervive y surge y asciende para revertir el daño de manera que la mutación sea su naturaleza. Estas dos realidades –dice la leyenda– dialogarían en pequeños gestos evanescentes. Mi abuelo fue el encargado, en su momento, de dar origen y estabilidad al otro lado.

Karen, la mujer que lo acompañó hasta sus últimos días en la escalera infinita que es espejo de este país, dio a luz a una hija llamada Oceana, quien a su vez me parió a mí y a los que hoy me siguen. Fuimos los encargados de salvaguardar, vigilar y mantener el lado primigenio, virtualizado de las cosas, eximidos de cualquier obligación en Neo Chile; éramos infinitos observadores. Anoche, mientras corrían las noticias, entendí que nuestra hora había llegado: la hora de acompañar a Vitao y Schala en la restitución de la realidad y su infinitud, lejos de las manos de Hercólubus, la gran amenaza, devorador de tiempo y espacio. En honor a mi abuelo y a mi abuela, cuyo proyecto en las afueras de Valparaíso habría creado lo perdurable, lo verdaderamente habitual, y en honor a los ocho herederos –Fernanda, Floridor, Andrés, Camilo, Nacho, Mauricio, Nicomedes y yo– hemos de congregarnos hoy para un nuevo acoplamiento de los esquemas. Es un nuevo día en la historia de los mundos.

«He vivido unos cuantos años a la espera. He escrito la mejor poesía que haya conocido una nación. He paseado por mi casa en Quilicura hasta perder el sentido de la historia. Impresionado por mi propia mortalidad, por ser el que habita durante algún tiempo un plano, el que termina machacado contra las piedras o tan sediento que se ahoga, he podido reflexionar profundamente al respecto de nuestro problema. Un tiuque se

ha posado en el cableado eléctrico. Nadie llama estos días a mi casa.

«Ya era tiempo.»

2

«La congregación comienza. Efectué casi todas las llamadas al amanecer. Mis paseos sobre la alfombra de la entrada son un fastidio. Transcurren horas cada vez más lentas, como si el tiempo se estuviera agigantando. Fernanda llega a eso de las doce diez de la noche junto a Andrés, quien me relata sus pasos desde el llamado hasta el arribo. Ya librado de simuletores, Valparaíso habría desvanecido también a sus habitantes. Andrés Gutiérrez fumaría un Marlboro con las piernas colgando al borde de una escalerilla en el puerto y su reflexión sería cotidiana: el viento del mar versus el viento de la carretera, su amplitud y diferencia desde la perspectiva de sus gustos personales. El cigarrillo se acabaría y terminaría flotando a unos pasos del reflejo de su propio cuerpo encorvado en el mar, y de la cara de Fernanda Santander, que lo habría estado observando a una distancia medible. Qué haces aquí, dice ella. Algo en Andrés se volvería hacia un pasado pobre y lleno de preguntas innecesarias. Nadie se toma la mano. Ambos subirían por la escalerilla con un silencioso ánimo conjunto.

Andrés se ríe y alucina en el pórtico de mi casa en Quilicura. Se pone a revisar los libros. Fernanda le pregunta dónde está la bolsa de Chesters. A dos puertas está la cocina, señalo. Habrían fumado en el bus. Por su parte Floridor Verástegui, visitante asiduo del Manicomio de Atacama —que fue vaciado hace un par de años y está a semanas de ser demolido—, se encuentra en una de las habitaciones acolchadas fumando un puro. Las cenizas derramadas sobre el suelo acolchado se parecen al rostro de un lacrimoso director técnico. Recibiría la llamada en su celular antigüísimo, quizás por cábala lo dejaría sonar cuatro veces. Llegaría traído por un taxi que no intentaría pagar aunque se le quedaran ahí doce monedas de quinientos pesos. En la radio ubicada a pasos del sillón donde lo esperábamos —menos Fernanda, la única erguida mientras hurgaba en la bolsa de Chesters— sonó una canción ochentera, tal vez de Bauhaus; tras los primeros acordes se abrió la puerta y entró Floridor. Me gustaría tener un libro conmigo, dice entre la ternura y el miedo. Camilo no contesta, comento. Se le debe haber caído el celular, asegura Andrés; se refiere al lago en medio del cual flota la casa de Camilo Herrera en Lican Ray. El teléfono de Nacho Elizalde pitea una sola vez. Escuchamos que nos avisa de una pelea en una esquina, que acudió a ella con el recuerdo de sus clases infantiles de Karate Do y que terminó ganándola.

Corta el teléfono. Cruza la puerta junto a Nicomedes Chain, quien habría bajado lo más pronto posible del avión que lo llevaba con su banda a Bolivia; los dos se encontraron en un cruce de semáforos. En cambio lo que le habría sucedido a Mauricio Sánchez –la razón de que llegara tan tarde esta vez– fue la dilatación de una pelea callejera contra uno de sus lectores, a quien habría destruido casi completamente. Un escupo sangriento le corría por la sien, contaría a las tres de la mañana, cinco minutos después de atravesar el umbral de la puerta. Estamos, certifico. Tiempo de preguntar a la computadora madre, nuestro oráculo gris, dónde se halla el que andamos buscando. Entonces bajamos.»

3

«Encontramos el sótano húmedo y en desuso. Andrés, que es el primero en notarlo –yo no me doy por enterado, pienso solamente por qué Nacho no me habla–, nos muestra en sus dedos una materia viscosa que gotea sobre los escalones. Nicomedes parece asombrado del tamaño de la computadora –y digo parece porque poco después él mismo dice que en realidad está decepcionado, decepcionado hasta el punto de la depresión. Las medidas superan en unos pocos metros la cabeza de Floridor, que es bastante grande. Grande en comparación a su cuerpo, acota Fernanda. Elizalde le da al botón de prendido y la computadora nos enseña velozmente un informe con las diversas contusiones en la capa tectónica de Pre Chile. Un terremoto podría estarse acercando. Por ahí por febrero, lee Floridor. La computadora finalmente se queda quieta y presenta la opción de buscar el paradero del dragón azul. Nos da tres direcciones posibles. Alguien vocifera que es mejor apretar F11. Presiono la tecla de un puñetazo –son muy grandes–; el puñetazo me duele, pero el dolor desaparece al momento que la

dirección única se aclara ante nuestros rostros de niños delirantes: P-U-E-R-T-O-M-O-N-T-T.

Entre las cuatro y media y las cinco y cuarto de la mañana –por alguna razón no conseguimos sincronizar nuestros relojes– llegamos al aeródromo de Tobalaba, donde un amigo nos mete a todos en una avioneta particular. Llegamos en menos de seis horas a nuestro destino en casa de Nicomedes. Comemos un almuerzo frugal. Mauricio conversa con la madre del anfitrión, luego partimos a pasear por el pueblo en busca de una ubicación posible para Vitao, el demonio azul. Aparentemente se habría librado una violenta batalla de edificio en edificio que habría arruinado un par de bares y una farmacia abierta las veinticuatro horas. El dragón azul se habría retirado muy herido; lo podríamos encontrar bajo una breve cascada, acucillado y sangrante en una gruta casi invisible. A medida que nos acercamos, el paisaje se va haciendo cada vez más verde, más próximo a nuestra imagen del paraíso: una guarida fluorescente de pasto y agua que a su vez escondería la gruta donde agoniza Vitao. Su cuerpo respira con dificultad. Andrés le administra algunas de las pastillas que ha ido consiguiendo tras cuatro carreras humanistas en la universidad estatal. Floridor se siente tranquilo; detalla con las palabras de un sabio el rango de tiempo en que el dragón se recuperará. Elizalde y yo fumamos

y vemos con admiración el perlífero brillo inmanente de la cascada. Mauricio observa de reojo a Fernanda y luego a Andrés, quien tiene algo que decir: el período es aun más corto. Finalmente suben al dragón en una camioneta perteneciente a la madre de Nicomedes y lo llevamos a una clínica privada de la cual el padre de Fernanda posee unas cuantas sustanciosas acciones. Es un edificio blanco y enorme a la orilla de Puerto Montt, colindante con el Pacífico. Unos cuantos días de atención permiten que se recupere; sus sueños no son distintos a un videoclip de jazz que alguien observa en LSD: ninguna coherencia, ningún consuelo. Pueden venir conmigo, nos dice desde su cama de clínica una vez que hemos conversado de aquello que nos une en tanto destino. Elizalde responde que nuestro próximo paradero es Lican Ray, hogar de Camilo Herrera, quien conserva aún los planos de traslado entre una dimensión y la otra. Es el interconductor.»

«Sobrevuela Vitao, Mahäki, el demonio azul. Nosotros vamos en una camioneta enseñándole el camino hasta la casa de Camilo, de modo que su vuelo es más lento de lo que predicen sus capacidades; una enorme sombra de dragón cruza en ocasiones la Suzuki. El viaje cuenta con ciertos atisbos de belleza que reviven, para el demonio azul, lo que perdió cuando cambiaron sus atributos biológicos: nace un segundo dragón, paso a paso; el Mahäki asombrado, vivo, delirante ante el paisaje. A minutos de una señalización de distancias en la carretera que dirige a nuestro destino, un letrero indica: «Bienvenidos al hogar del Temucano y de Camilo Herrera Estay». El rostro de Andrés se congela; pareciera indicar con su gesto mongoloide la prueba de que un pensamiento enloquecido y la realidad pueden colindar en un solo instante. Fernanda se muere de la risa. Floridor le hace una seña a Vitao. El demonio azul baja del cielo y entierra sus pezuñas en el concreto de una calle que cruza de la carretera hasta Lican Ray. Al principio todo es ciudad y habitantes que huyen despavo-

ridos, ventanas que se cierran o corren cortinas, cuyas luces interiores se apagan. La casas pretenden vaciarse de cualquier atisbo de humanidad y en las tiendas sólo quedan los más valientes borrachos del sur de Chile por asombro o por ganas de dar una buena pelea contra esa cosa enorme, azul e impresentable. Hay breves luchas en las que basta un brazo que sube, una ventolera; en ocasiones la mirada es suficiente. La banda decide que Vitao ha de meterse a la camioneta y aguardar a que encontremos algún dato. En ese caso volvemos y te avisamos, Mahäki, le dicen. El dragón se hinca como puede y se introduce quejoso en el diminuto espacio que le toca como guarida, mientras nosotros apuramos el paso para dar con alguna información mínimamente fidedigna. Las dos primeras personas interrogadas no saben nada y, aunque no lo demuestran, el temor parece motorizar sus reacciones hacia nosotros. Es Pablo Pérez –un muchacho que busca a otros muchachos del mismo nombre en un bar que ha sido recién deshabitado por ex integrantes de la Dictadura– quien nos relata dónde podría ubicarse en este momento nuestro anfitrión: más allá, cuatro bares hacia el horizonte, Camilo y Mulgan juegan a la ruleta rusa. Lo encontramos tirado sobre una mesa, en medio de un monólogo incoherente sobre un mono que le correspondería como pago. Mientras, la luz del techo se mece marcando su

borrachera por toda la habitación. Pasamos de él hacia la puerta del baño, de la que vienen gritos y súplicas. Detrás de la puerta Mulgan vomita, desorientado. Su rostro se yergue. Nos mira a Floridor, a Andrés y a mí. Sus enormes y cansados ojos.»

5

«Tras abrir la puerta del baño y observar el esperpento que era, Mulgan se recompone. El rostro y el cuerpo del detective-mediador pasan desde lo humano a la velocidad y composición de un dragón negro, a fragmentos: de sus brazos se descarga una bola de fuego contra nosotros, contra las paredes de la casa; sus alas lo llevan lejos de nuestra vista. A medio camino entre humano y dragón se nos está escapando.

«En las afueras del bar agarramos autos, motos, bicicletas, lo que haya que nos pueda acercar al enemigo. Vitao se ha percatado de todo el asunto y raja a kilómetros por hora hasta colisionar con el dragón negro justo en la punta de un enorme edificio de telecomunicaciones. El cuerpo de Mulgan cae necesariamente al mar, ahí donde Fernanda aprovecharía para ubicarlo en el rango de la malla de anulación: clic, lo tenemos. Sale a flote, apresado. Lo subimos a la camioneta y continuamos hasta la cabaña en medio del lago Calafquén donde vive Camilo Herrera.

«Mulgan confiesa: «El padre y el hijo ya han tocado la superficie de Neo Chile. A los trabajadores de Ceuta no han injertado su ADN. Tienen a Sara. Mahäki pronto será capturado. De acuerdo al plan, más pronto que tarde habrá un tercer Chile, sitio irreconocible por el que pasará una nueva camada de habitantes. He hecho bien llegando hasta aquí. Cuando entré a Ceuta mi vida era menor; luego, en cambio, le di un uso que la engrandecerá para el resto de los días. La he resignificado. La he llenado de odio hacia el Tiburón de Juego, hacia Vitao y la vida simple. Una nueva forma de la realidad se aproxima, una era de guerreros. Ahora que estoy muriendo no importará que les revele la verdad: en Oceana se desarrollará una última batalla. Vendrán por ti y te acabarán, y acabarán a Schala. Ustedes, en cambio, serán cosechados. Estandartes con sus cabezas en picas, olvidados ustedes y lo que los erigió. Ya qué importa.»

«Un pitido llena la cabaña. Algo alarmante, verdoso y fosforescente atravesaría los ojos de Mulgan antes del estallido.»

6

«Hemos comenzado a anular torres eléctricas. La información se encontraba en la mochila de Mulgan: están en el sur, son seis en total. Una vez que las torres caigan, Chile se apagará por un segundo. Es un lapso que sustentará el portal por donde sólo puede atravesar Vitao. En el camino hemos ido encontrando vástagos del culto al Tiburón de Juego que, al vernos junto a uno de los gemelos de su deidad, nos ofrecieron ayuda. Sostiene uno de ellos que –a diferencia de un Role Playing Game– la vida se asemeja a las cámaras virtuales de lucha en *Hyperion*, de Dan Simmons, en el hecho de que el dolor nunca desaparece y en que el videojugador es también un personaje. La cuestión no es superar el dolor, dice, sino lograr interactuar en medio de él.

«Otro de ellos nos ha enseñado su Cámara Holográfica Vitao. Consiste en un módulo de interacción virtual con la vida real, en la cual asumes por un período de tiempo determinado exactamente tu mismo rol aunque con la posibilidad de probar qué funciona y qué no, de acuerdo a situaciones seleccionables. Puedes probar

combinaciones de rechazo y aceptación hasta convertirte –por ejemplo– en novia o novio de una persona tangible. Puedes poner a prueba tu capacidad para asaltar un banco: cuánto duras sin ser apresado, a dónde es mejor escapar, qué situación criminal es la más adecuada para ti. La idea de la Cámara Holográfica Vitao es capturar todas las posibilidades de la vida en un menú de dos opciones. Según su propia experiencia, nos cuenta el vástago del culto al Tiburón de Juego, el mundo terminaría el año 2984 con quince por ocho posibilidades distintas de final. Estas personas, que se hacen llamar los Elelegidos –nombre derivado de la sigla LLG (*Living-Life Game*, Juego de Vivir la Vida)–, nos han ayudado a derribar la quinta torre eléctrica. Las imágenes de su destrucción nos seguirán por años: explosiones en el cielo, auroras improvisadas, destellos mundiales que se ven desde la luna y que la opacan. Antes de la sexta, los Elelegidos nos abandonan.

«Hemos encontrado al Último Simulector. Estaba rezongando frente a un trozo de carne en los bosques del sur. No nos ha querido decir nada de su pequeña y horrenda tarea. Prefiere evitarnos, dice, y se cuela por arbustos y sombras. La última torre no es una torre en absoluto, sino una fábrica de celulosa. Estalla en mil pedazos que nos recuerdan animales extintos y primeros besos de niños. Somos felices. Armamos un pequeño

fuego a orillas de un río y conversamos de problemas pasados que no se resuelven. En un momento Mahāki huele algo extraño, algo que está más allá de todos estos olores de celebración que nos llenan los pulmones. Vitao se levanta. Observa alrededor suyo. Al fondo, dos puntos negros comienzan a agigantarse, a acercarse como dos viscosos tumores.»

«Delante de nosotros, como una imagen imposible que crece, asumen su posición Hércólubus y su hijo. Ya todo se acabó, avisan. Entonces una malla láser nos retiene. Nuestros cuerpos están inmovilizados, pero no nuestros oídos: serás devuelto a Neo Chile y pelearás; ya todo ha sido arreglado. Son animales grises, gomosos como el abrazo de la sepultura. Sus voces son mecánicas a la vez que raspadas, como un robot cuya caja vocal se quiebra en mil pedazos y se va reconstituyendo con cada palabra que emite. Cruzan nuestros ojos –también capaces de entenderlo todo– las imágenes que revelan la desaparición de Mahäki, el adiós a Vitao, la partida de ambos demonios y la aparición del otro lado del paisaje. Schala va y viene, la vemos y no la vemos en un flashazo. La sensación perdura, todavía, tras caer la malla que se deshace en el viento. Nos gritamos entre todos por lo que acaba de suceder. Volvemos enfurecidos a casa de Camilo Herrera en un bote a medio inundar. En el centro del lago vemos que llueve, como casi todas las noches en Lican Ray.»

8

«En internet no hay información. Las noticias han retrocedido varios días, hasta el momento en que el demonio azul hiciera su acto de aparición en una estación de autoservicio en Santiago. Lo han borrado todo. Quienes recordamos lo que ocurrió —en especial lo que ocurrirá— nos vemos impedidos de ejercer cualquier acción de ajusticiamiento. Hemos abierto un tequila, un ron, un vodka, dos botellas de vino, varias latas de Escudo y dos botellas de Kunstmann. Andrés y Mauricio fuman un cigarro tras otro, cada cierto rato prenden un pito y lloran, desahuciados. Floridor se jala unas líneas, ofrece, varios le aceptan pero aun así nadie tiene energía. Las tallas vuelven después de varias horas. Al final, sin embargo, todos terminamos roncando en la cama, sobre el sillón, en el piso.

«Durante la mañana cada uno parte para su casa en Valdivia, Santiago, Atacama, Puerto Montt y Viña del Mar. Yo no. El viaje ha de resultarles tedioso. Más de uno irá olvidando paulatinamente todo esto y cómo ha sido resuelto que sucederá. Yo no me olvidaré.

«Mi nombre es Antonio Hernández Vid. Mi madre, cuyo padre se llamara Diego Vid, ha transmitido la leyenda que de mí ha pasado a mis hermanos –los guardianes de este lado del universo, el Mundo de Sueño que conforma la segunda mitad de Neo Chile. Me he quedado solo en la cabaña de Camilo Herrera, quien se ha largado a jugar un épico gallito inglés con Tito Fernández, el Temucano. A veces aúllo a la luna desde el interior del pequeño y húmedo clóset de la pieza. Busco un arma para pegarme un tiro, pero la pólvora está mojada. Tomo la decisión de acostarme y pasar despierto la noche entera; no funciona. Los ojos se me cierran. Levanto una pistola que son sólo mis dedos estirados y la apunto hacia arriba, hacia todo lo desconocido.»